

REFLEXIÓN

Reflexiones en medio del estallido social en Chile. La Alameda y el Hotel Costa Real

(Rev APSAN 2021,1(1): 115-126)

Angélica Lavín¹



Fotografía tomada por Alfonso González Ramírez

Cuando nos vemos inmersos en una situación que sentimos está revolcando nuestro país como si fuera una tremenda ola, nos resulta muy difícil, yo diría

¹ Psicoanalista ASPAN. Trabajo para seminario *Teoría Política de los Placeres en el pensamiento moderno y contemporáneo* en Magister de Género y Cultura, Facultad de Filosofía Universidad de Chile, 19 diciembre de 2019.

imposible, abarcar las condiciones y razones que nos han llevado a ese lugar, como también las impresiones y reflexiones que el revolcón está despertando en uno. Para este escrito he escogido dos experiencias que tuve después del 18 de octubre y a partir de ellas es que intenté desarrollar, recurriendo a autores del psicoanálisis, del feminismo y de la literatura, algunas de esas impresiones y reflexiones que en mí fueron surgiendo.

Caminando por la Alameda

Un día en la mañana fui al centro a participar en un cabildo. Mientras bajaba por Bellavista, doblando por el Forestal hacia la Alameda, pensé que ese lugar se había convertido en una pizarra donde estaban escritas todas las voces que antes existían como un murmullo. Las paredes hablaban a través de los escritos dispuestos en una larga franja que parecía no tener interrupción. La altura de esa franja era igual al tamaño de una persona chilena promedio, de esta manera la escritura quedaba humanizada y se convertía en mucha gente que hablaba y gritaba desde los muros. Me sentí caminando por una larga vereda cercada por un coro interminable de personas. Las voces y las imágenes eran de diversas índoles, muchas exclamaciones violentas como *Ojo x ojo al estado de Chile* o *Aquí se viola*; otras melancólicas como *Chile duele* o *Hasta que valga la pena vivir*; otras esperanzadoras y bellas como *Vamos a vencer y será hermoso* o *La justicia es un mar con otro nombre*. La composición general tenía muchos colores, letras diversas, dibujos intercalados, garabatos improvisados; pero una característica llamó mi atención: su distribución no era caótica. Cada expresión estaba impresa dejando espacio a la de al lado para que también se pudiera leer. Eran pocas las palabras sobrepuestas o los rayados de unos sobre otros; por esta razón es que el escrito lograba el efecto de convertir la franja en un coro de individuos donde cada uno tenía su lugar para expresarse.

Era una mañana soleada. Como el transporte escaseaba había muchas personas caminando por las veredas. Disfruté la diversidad. Eran diferentes los estilos de personas que transitaban por la calle: altos, bajos, flacos, formales, gordos, jóvenes, viejos, con tatuajes, cojos, ágiles, mujeres, hombres, extranjeros, con aros y sin aros. Recuerdo que pensé en cómo ha cambiado nuestro país en

los últimos 20 años, que en los 1990 casi todas las personas que se subían a una micro eran chilenas. Antes era extraño encontrarse con algún afrodescendiente, hoy es de lo más común. En una esquina cerca de un quiosco, un vendedor de discos ponía música de boleros con un parlante que convertía el ambiente en uno más nostálgico y agradable. En uno o dos pasajes ciegos vi grupos pequeños de personas con carteles, pitos y trompetas protestando mientras el resto pasaba rumbo a sus diferentes destinos. Los semáforos estaban casi todos sin funcionar, lo que obligaba a los conductores a ponerse de acuerdo para pasar; varios faroles rotos colgaban de los tendidos eléctricos, algunos paraderos de micro estaban destrozados, había locales comerciales quemados, otros tapiados con latas y otros abiertos vendiendo sus productos. Sentí algo muy vital mientras hacía mi recorrido, pensé que para muchos este panorama sería una situación desoladora pero que extrañamente no lo estaba siendo para mí. Entonces me acordé del concepto de "espacio transicional" de Donald Winnicott.

Winnicott (1971), observando a los niños pequeños y su relación con un objeto particular que nunca abandonan y tratan como si fuera parte de ellos (un osito, un pañal, un trapito, etc.), llegó a la conclusión de que ese objeto era creado dentro de una zona intermedia de la experiencia que se ubica entre el dedo pulgar y el Otro, entre el erotismo oral y la relación con un objeto real, entre la capacidad de crear y la proyección de lo propio, entre no darse cuenta que algo te hace falta y consignarlo. El espacio transicional es uno que aparece cuando hay una separación, lo podemos imaginar como un mar entre dos países. Cuando se abandona un territorio hay que transitar por este espacio en donde las cosas son en parte reales y en parte subjetivas, es el espacio en donde ocurre el juego y donde surge lo creativo. El placer está en la creación de algo nuevo que en parte está afuera y en parte adentro, a ese "algo" Winnicott le llamó *objeto transicional*. Es lo que en nuestro país llamamos "tuto" y que para el niño es un objeto que tiene características humanas.

A estas alturas ustedes se preguntarán: ¿qué tiene que ver la revuelta chilena con el tuto de un niño? Lo que pensé y sentí mientras caminaba por la Alameda es que este espacio donde todo se quebró y se revolvió, y que parecía el centro de un remolino, era un espacio donde estaba surgiendo algo creativo.

El cuadrante que va desde el puente Pio Nono, pasando por la Plaza Italia hasta llegar a un poco antes de la Moneda (porque la Moneda estaba intacta) era la materialización de este espacio transicional que es el que estamos transitando como país. En este espacio aparecieron frases ingeniosas, expresiones poéticas, bailes, canciones nuevas, bailarinas de ballet clásico encapuchadas alzando la bandera mapuche mientras hacen un *Grand jeté*. Surgieron superhéroes chilenos como el *Negro Matapacos* o *PareMan* (el hombre que defendía a los de la *primera fila* de los balines de carabineros con la señal de tránsito *Disco Pare*), aparecieron los miles de carteles con frases ingeniosas y demandas colectivas que al mismo tiempo apelan a problemas personales como la de un niño que sostiene un cartel donde dice “¡Quiero volver al jardín! ¡Mi mamá me tiene chato!”. Llegaron mujeres con capuchas bordadas con flores de colores vendiendo lentejas, se bautizó la plaza Italia con el nombre *Plaza Dignidad*, vino un hombre disfrazado de monja con anteojos oscuros rogándole a Dios que se lleve al presidente, se llenó de personas con distintos tipos de disfraces de *alienígenas* desenmascarando el clasismo de la primera dama y todo su grupo social.

En medio de la revuelta, cuando alguien le dice a otro *resista* le está diciendo que aguante el dolor, que no afloje porque atravesar este espacio no es fácil. La creación espontánea de estos objetos son formas de expresión y representaciones de la experiencia que a futuro seguirán sus propios desarrollos; este espacio no es simplemente uno entre dos puntos, sino uno donde “el futuro objeto está en tránsito, tránsito al término del cual toma posesión del objeto, creado en la proximidad de un objeto externo real, *antes de haberlo alcanzado*” (Green, 2007). Estas creaciones, que son también buenas compañeras que sostienen durante la travesía, como el tuteo al niño pequeño, son necesarias para el viaje. Winnicott (2002) se interesó, más que por el objeto transicional en sí mismo, por la zona intermedia, ese lugar de creación que contiene lo subjetivo y lo objetivo. De esta misma manera, mientras caminaba por las veredas de la Alameda, me imaginaba este cuadrante repleto de objetos transicionales, donde el uso de este espacio es la representación de un lugar intermedio entre un Chile que va en tránsito hacia otro Chile que avistamos estará pasada esta revuelta por la que estamos atravesando.



Fotografía tomada por Ariel Marinkovic Carrasco

La destrucción del Hotel Costa Real

Una tarde, merodeando por la red, me encontré con un video donde mostraban los destrozos del incendio y saqueo del *Hotel Costa Real* en La Serena (*Diario el Día*, 2019). Claro que fue impactante ver cómo el grupo había destrozado y rayado los muros del hotel, el lobby, el bar y algunas habitaciones, pero lo que más me sobrecogió fue el testimonio del barman del hotel. Su nombre era Carlos y estaba totalmente shockeado por la violencia de la que había sido víctima, no encontraba las palabras para expresar sus sentimientos. Entre sollozos lograba explicar que le costaba creer lo que veía y que la cantidad de emociones que sentía no lo dejaban modular bien, la emoción le tenía tomado el rostro, los músculos de su cara. Don Carlos cuenta que era tan grande la cantidad de personas y era tal la violencia con que entraron al hotel, que no pudieron defenderse ni ellos, ni al lugar, optando por huir del recinto. En el mesón de la recepción del hotel estaba escrito *El Pueblo Manda*, frase que representaba un acto que me pareció de un gran autoritarismo, como la entrada de un gigante que te pone su pie encima.

Quise saber quiénes eran los que habían hecho esto y fui a buscar imágenes a la prensa, donde me encontré con esta fotografía:



Diario La Tercera, 26/11/19

La actitud triunfante de estos jóvenes celebrando recostados sobre las tumbonas me evocó a los raperos norteamericanos que ostentan sus cadenas y anillos de oro y a un grupo de jóvenes millonarios “hueviando” en una piscina de un hotel de Miami. El contraste entre el odio con su violenta destrucción y la alegría de una celebración me pareció monstruoso. En un estado emocional como ingenuo partí a preguntarle a mi hijo (que es joven como ellos y que compone canciones de rap), quiénes eran estos jóvenes. “Simón ¿quiénes son?”. Simón me contestó que eran jóvenes que podían estar estudiando o no y que individualmente no habrían hecho lo que hicieron en grupo. Simón pensaba que lo que los unía era la sensación de que no tenían nada que perder, que su futuro sería igual de incierto, sin mayores oportunidades y que probablemente sentían que este era *Su Momento*, que ahora podían convertirse en protagonistas y ser unos héroes que hacen algo por su futuro, el de sus padres y sus abuelos.

Entonces, recordé un libro que leí, hace muchos años, de Jean Genet: *Santa María de las Flores*. En ese libro Genet (1951) cuenta la historia del hampa en París.

Refiriéndose a los niños que vivían en la calle y robaban, el autor dice que cuando alguien es huérfano la única manera de sentir que algo le pertenece, que se es *propietario*, es robándolo. Esto sucede porque se supone que un huérfano debería agradecer que lo hayan adoptado, que le hayan dado un nombre y un hogar, es decir, todo lo que supuestamente le pertenece: un nombre, una familia y una casa, *no lo tiene por el simple derecho de ser, por nacer, sino que se lo han dado*, por lo tanto todo lo que posee en verdad no le pertenece sino que es un regalo. El *hurto*, entonces, sería una forma de apropiarse de algo, porque es en el robo donde siente el niño huérfano su legitimidad, pues de verdad cuando algo es *suyo* será siempre robado. Tomarse el Hotel, destruirlo y luego fotografiarse en las tumbonas de la piscina sería una manera de decir “esto sí me pertenece, y solamente de esta manera es que es realmente mío, porque yo por nacer donde nací estoy excluido de la posibilidad de tenerlo”.

Winnicott (1991), como Genet, también ve en los actos delictivos de los niños y jóvenes una comunicación y que va más allá de la transgresión de una norma. Su interpretación del hurto en los niños y jóvenes tiene relación con cómo este comprende la destructividad, su función en el desarrollo y la respuesta de las personas cuando ha habido una verdadera deprivación en el ambiente. Para Winnicott, la destructividad del niño hacia su primer objeto es la responsable de la constatación de la realidad. El niño pone a prueba al objeto destruyéndolo, trampeándolo, agotándolo y apoderándose de él, y en la medida que este sobrevive el niño se da cuenta de que el objeto existe, que es real y es diferente a él. Es decir, es el impulso destructivo el que crea la exterioridad (Phillips, 1997). Cuando el objeto no sobrevive y el niño constata que el hogar no resiste su embestida comienza a buscar ese marco fuera de su hogar. Apela entonces a sus tíos, a sus abuelos, a los amigos de la familia y al colegio. Pero si ninguno responde, entonces el niño va a buscar ese marco en la sociedad. Como el niño ha tenido una relación inicial con el objeto en que vivenció haberlo creado (objeto transicional), cuando roba, está al mismo tiempo tomando algo que le perteneció, “cuando un niño roba azúcar –dice Winnicott– “está buscando a una madre buena, la propia, de la que tiene derecho a tomar toda la dulzura que pueda contener (...) esta dulzura le pertenece –continúa el autor– pues él ha inventado a la madre y su dulzura a partir

de su capacidad de amar, de su propia capacidad creativa primaria, cualquiera sea esta" (p.139).

La destrucción del *Hotel Costa Real*, desde este punto de vista, sería también una puesta en escena de una realidad que es interior. Según Winnicott, cuando las fuerzas destructivas amenazan con predominar sobre las amorosas en el interior de la persona, esta puede encontrar como medida para salvarlas volcarse hacia afuera y dramatizar en la realidad lo que le está sucediendo en el mundo interno. Esta puesta en escena de esa escenografía interior, que reemplaza la fantasía, tendría como objetivo conseguir que una autoridad de afuera ponga un límite a lo destructivo y así la persona podría constatar que el ambiente sí lo soporta, que sí existe y que sí lo ve. Es importante tener presente que esta escenificación del mundo interno sería una respuesta frente a un ambiente que ha fallado; "los especialistas saben desde hace mucho tiempo [lo dijo el año 1956] que hay una relación directa entre la tendencia antisocial y la privación (...) cuando existe una tendencia antisocial *ha habido una verdadera privación* y no una simple privación" (Winnicott, 1991, p.148).

El objeto que sobrevive es uno que responde en la medida que recibe la comunicación, nosotros como sociedad sobreviviremos para estos jóvenes siempre y cuando seamos capaces de comprender estos actos como actos comunicativos.

Sara Ahmed (2019), filósofa feminista, postula que los objetos son dotados de cualidades afectivas en el mundo social, no en el mundo interno, ni relacional, ni intersubjetivo, como postulan los psicoanalistas. En su libro *La promesa de la felicidad* investiga lo que denomina "objetos felices" y cómo estos logran convertirse en tales. Estos objetos son dotados de cualidades afectivas, mucho antes de que la persona salga a su encuentro. Los objetos felices –que parecen regalos desperdigados por el mundo, dice Ahmed– apuntan hacia la felicidad y llegamos a estos como medios para este fin. No es necesario que hayamos tenido contacto directo con ellos para que los deseemos y trabajemos en dirección a obtenerlos. El matrimonio, la familia, profesiones como la medicina o el derecho, son algunos ejemplos de objetos felices para nuestra sociedad. En nuestro mundo somos direccionados hacia esos objetos de diferentes maneras, directas o indirectas: desde los cuentos de príncipes y princesas cuando somos niños, desde la publicidad y la educación escolar, desde

múltiples gestos e imágenes con los que nos relacionamos diariamente. No es solamente la obtención del objeto feliz lo que garantiza la felicidad, dice Ahmed, sino que la proximidad a estos también. Pensando desde aquí, podemos imaginar que nuestra vida está plagada de guiones que nos conducen hacia la felicidad y nosotros los vamos incorporando a nuestro discurso. Ahora, el acceso a estos objetos no es para todos igual. Para obtenerlos y ser parte de los lazos sociales que se van reforzando en la medida que estamos próximos a ellos, debemos cumplir con ciertos códigos: apariencia física, conductas y maneras de vivir dentro de la sociedad. A estos objetos, piensa la autora, se les ha atribuido de antemano “*ser aquellos de los que disfrutan quienes tienen buen gusto*” (p. 80).

El *Hotel Costa Real* –no dejemos pasar su nombre inadvertido– simboliza una forma particular de felicidad, es la felicidad que se obtiene a través del lujo y gracias a ser miembro de un grupo de personas que accede a los privilegios ¿podemos quedarnos sordos y ciegos frente al significado de la quema y destrucción de un objeto como este?

Laura Gioscia (2017), a propósito del estudio de Sarah Ahmed (2019), describe nuestra sociedad como una donde se vive alienado de la promesa afectiva de los objetos felices –como podría ser el *Hotel Costa Real*– y que habría que estar abiertos a *matar* o erradicar las formas tradicionales de felicidad para poder lograr otras formas sociales de *bienestar* alternativas. Se entiende que la autora se refiere a un asesinato simbólico y no a una destrucción concreta como la que han hecho este grupo de jóvenes en el *Hotel Costa Real* de La Serena. Sin embargo la propuesta de Gioscia nos sirve para interpretar que quizás el acto de saquear y destrozar este hotel-objeto-feliz, que simboliza esa promesa de felicidad que nuestra sociedad hace y al mismo tiempo niega, sea la expresión de un deseo de apropiárselo, destruirlo y así dejar el camino llano para, sobre sus cenizas, construir otra forma de bienestar que tenga más relación con sus valores y sus maneras de entender la felicidad. Como los niños huérfanos de Genet (1951) y los jóvenes antisociales de Winnicott (1991), estos jóvenes de Ahmed (2019) y Giosca (2017) en el saqueo y la destrucción pueden estar comunicando el deseo de apoderarse de este *objeto feliz* y derrocar esa promesa para luego poder construir otras formas de felicidad social que sí sean posibles.

El *Hotel Costa Real* no es entonces cualquier hotel, simboliza un mundo que se promete constantemente, que garantiza una felicidad y de la que ellos se ven permanentemente excluidos. Los jóvenes se adueñan del hotel escribiendo en el escaparate de entrada *El pueblo Manda*, y así pasan a tomar el control soberano de esa vida prometida. Esa vida prometida no es ir a la piscina del hotel y tomar whisky con hielo, es tener unas "Buenas Vacaciones", porque se gana un sueldo que te alcanza para descansar después de una jornada de trabajo sin sentir angustia por deudas que no sabes cómo vas a pagar o tener la preocupación de ser hijo de padres a los que no sabes cómo vas a mantener. Una vida donde te puedes enfermar porque tienes la seguridad que vas a recibir los cuidados necesarios para poder recuperarte, una vida donde tienes la garantía de que si vas al colegio y te esfuerzas tendrás acceso a ese trabajo que provee un descanso merecido y que por el fruto de ese trabajo vas a poder transitar con tranquilidad tu vejez.

Estos jóvenes, aunque desconozco sus condiciones de vida, me recuerdan otro libro que también leí hace tiempo: *El Río* de Alberto Gómez Morel (1962). Gómez Morel fue abandonado, adoptado, luego recuperado por una madre que lo maltrataba física y psicológicamente y, después de pasar varias pruebas, fue acogido por la comunidad de niños que vivían en la rivera del río Mapocho. Su nombre cambiaba según quien lo adoptara. En su biografía cuenta cómo sintió que la ciudad era su gran enemigo y se identificó con los niños del río. El Río, aunque frío, inhóspito y hediondo, resultó ser para él un hogar donde encontraba el amor y el afecto que la ciudad no logró darle:

Ahora veo que aquel momento fue cristizador, definitivo para mi vida: empecé a amar el Río. A pesar de lo ocurrido en la noche, la violenta ternura con que se agredían y jugaban, el horizonte plateado de las aguas, la modorra excitante y meditabunda de los perros, las casuchas con sus puertas semiabiertas como la sonrisa de un ciego, la calle ancha y misteriosa que formaba el cauce y la lujuriosa cabellera de los sauces, semejantes a viejos que estuviesen hablando cosas de amor, se me metieron en lo más hondo del alma. Con el firme propósito de volver algún día subí los tajamares y me hundí en las mandíbulas de la ciudad (p. 60).

El río, como si fuera un buen padre, le daba la vitalidad y la libido necesarias para sobrevivir. Al acogerlos, reconocerlos y darles un lugar de pertenencia, el Río

lograba que sujetos como Gómez Morel se sintieran seres humanos con algún derecho, personas algo más legítimas dentro de su ciudad.

Quizás muchos de estos jóvenes que están destruyendo la ciudad nunca se sintieron niños y, por lo tanto, les pasa algo parecido a lo descrito por Alberto Gómez Morel:

“¿Niños nosotros? Nos mirábamos los unos a los otros. Mirábamos al Río y hacia el puente. Veíamos nuestras vidas huecas y vacías, observábamos los garrotes y puñales que teníamos entre las manos y nos preguntábamos: ‘¿nosotros niños?’ ‘¿En dónde está Pinocho con su narizota enorme y quebrada por el manotazo de un furioso gigante? ¿Y dónde está el corazón de Pinocho, aquel que perdiera entre los bosques de Ozmur? ¿Será Mostachín? Y Caperucita roja, ¿será Mayita? ¿En dónde está el Viejo Pascual, el de rojo chaquetín y negro cinturón, ese vejete humilde y sonriente que trae juguetes a los niños?’ ‘¿Niños nosotros?’ ‘¿Y nuestra escuelita? ¿Será la casucha de cartón y lata en que vivimos? ¿En dónde estará todo lo que este cura llama niñez? ¡Hei, don Rupa!, ¿es usted el Mago de Oz? ¿En dónde están aquellas cosas agradables y cordiales que iluminan la vida de un niño y plasman su autonomía psíquica? ¿En dónde están? ¿En dónde están? ¿Dónde es... tán... tán... tán, tán, tán, tán, tán, tán, tán ¡Tan!... ¡Tan!...’ El Río repetía nuestra pregunta y la respondía con el ¡Tan! ¡Tan! ¡Tan! de los tacones policiales que ya se acercaban avanzando por las losas fluviales. Ahí venían. No dábamos ninguna importancia al peligro. Primero queríamos saber por qué ese cura nos había llamado ‘niños’” (Gómez Morel, 2014, p. 163).

Los tiempos han cambiado y en las riveras del río Mapocho ya no vemos a niños viviendo bajo cartones, pero sabemos que existen niños en el SENAME y que sus vidas, a mi juicio, son peores que las de los niños en el río que Morel describe. Sabemos que los jóvenes que han saqueado y destruido son de distintos sectores, no son todos niños del SENAME, pero sí sabemos que tienen en común un sentimiento de gran desesperanza y mucha rabia por la violencia con que nuestra sociedad los ha tratado, no solo a ellos sino a toda su parentela a lo largo de varias generaciones. Los jóvenes de las tumbonas nos devuelven esta imagen como un espejo de lo que ellos ven cuando nos ven en nuestras fotografías de nuestros viajes familiares a Miami, esas que nosotros, las élites, les mostramos una y otra vez desde los avisos

de promociones de paquetes de viajes al Caribe, desde los Instagram de algunos famosillos, y a través de tantas otras plataformas de nuestro sistema que prometen un mundo feliz al que ellos saben que probablemente no tendrán acceso.

Los jóvenes de esta fotografía, que tal vez la usan como un espejo, nos están diciendo: "Así se ven ustedes: monstruosos".

Referencias

Ahmed, S. (2019). *La Promesa de la Felicidad. Un crítica cultural al imperativo de la alegría*. Caja Negra, Buenos Aires

Phillips, A. (1997). *Winnicott*. Lugar. Ed., Buenos Aires

Genet, J. (1951 [1988]). *Santa María de las Flores*. Debate, Barcelona

Gioscia, L. (2017). *Convivencias y afectos precarios. Dos miradas feministas desde el giro afectivo*, en Cuadernos del claeH, Revista Uruguaya de Ciencias Sociales, Segunda serie, año 36, n° 106, 2017-2, pp. 57-74

Gómez Morel, A. (1962 [2014]). *El Río*, Tajarar, Santiago

Green, A. (2007). *Jugar con Winnicott*. Amorrortu, Buenos Aires

Winnicott, D. (1991). Comp. por Winnicott, C., Shepherd, R. y Davis, M. *Deprivación y Delincuencia*. Paidós, Buenos Aires

Winnicott, D. (1971 [2002]). *Realidad y Juego*, Gedisa, Barcelona